

Corrupción el peor impuesto que roba el futuro de las naciones¹

Luego de las denuncias nacionales e internacionales sobre hechos de corrupción -que involucran a actores relacionados al sector gubernamental y al sector empresarial privado- el nivel de indignación de quienes creemos que *sí es posible un mundo mejor* va en aumento, peor, cuando en países como Ecuador -de acuerdo a Diego Zorrilla ex representante de Naciones Unidas en Ecuador- “aún siguen bajo la categoría de pobreza extrema alrededor de un millón de ecuatorianos”.

Ante este escenario, surge la pregunta: ¿no será que con todo el dinero que va a parar a los bolsillos de ciertos “sapos corruptos” se hubiese contribuido a alivianar la dura realidad socioeconómica de ese millón de personas a las que se refiere Zorrilla?

¡Qué indignación!, lamentablemente los corruptos basados en presiones consumistas y/o sociales adquieren patrones de consumo que, para alcanzarlos, tienen que recurrir al dinero fácil pero lleno de suciedad anidada en los bajos instintos que personas inescrupulosas, independientemente, del dolor de los más necesitados, buscan acumular riqueza dudosa y vergonzosa que más temprano de lo que imaginen será descubierto su origen y, así, el gozo momentáneo alcanzado se convertirá en una penosa persecución y prisión que acabará destinando a la desgracia personal y familiar de los funcionarios públicos y empresarios privados que bajo el eslogan “es que el sistema obliga” comenten ilícitos que, al final, implican quitarle el pan, la educación y la salud a millones de personas que se hicieron referencia en el párrafo anterior.

En definitiva, en la actuación de los corruptos lo que prima es la acción -a como dé lugar- del verbo “tener, tener y tener”, sin importar los medios oscuros usados para la consecución de su objetivo principal vinculado a la obtención de aquel dinero fácil que les contribuirá a la satisfacción de sus gustos personales y/o familiares caros -autos, casas, ropa, bebidas, viajes y otros bienes suntuarios- que, a larga, les generará una satisfacción volátil de corto plazo, es decir pasajera; ya que, en el largo plazo, generalmente, aquel dinero que se obtuvo sin primero el predominio del verbo *ser* -práctica de valores aprendidos desde la casa-, luego del verbo *hacer* -realización de un trabajo basado en el esfuerzo y la aplicación de capacidades personales desarrolladas- y, finalmente, del verbo *tener* -resultado producto de la interacción del ser y el hacer-; se convertirá en una pesadilla permanente, en donde el estatus socioeconómico alcanzado será cuestionado y sancionado -una vez encontrado el camino turbio desde donde se originó ese dinero mal habido- .

¹ Wilson Araque Jaramillo. Director del Área Académica de Gestión y del Observatorio de la PyME de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador. Email: wilson.araque@uasb.edu.ec. Fecha de publicación: 31 de enero de 2017.

Las opiniones expresadas en este documento son responsabilidad del autor o autores y no necesariamente reflejan un punto de vista del Observatorio de la PyME de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

Como se puede apreciar, las garras de la corrupción -cuando se tienden a impregnar en los diferentes espacios que explican el funcionamiento de una sociedad- se convierten en un especie de impuesto que es pagado por todos los habitantes del país debido a los sobrepagos, coimas directas y/o reparación de obras debido a la mala calidad de los materiales usados -sobre todo en la construcción de la obra pública-, ya que, el empresario privado que corrompe, nunca pierde; pues, gana vía precios sobredimensionados -una obra que costaba un millón de dólares, por ejemplo, termina, al final, constando cinco o seis veces- o haciendo obras de pésima calidad que, al poco tiempo, deben ser reparadas; generando, así, un gasto innecesario a las finanzas públicas nacionales que, luego, es pagado con más impuestos, menos salud, menos educación, menos seguridad y/o con más endeudamiento público interno y/o externo.

Y lo peor de todo es que, el proceso de sanción a los corruptos, se termina convirtiendo en una larga y tortuosa experiencia que, como efecto directo, tiende a paralizar todo el quehacer nacional; en donde el espacio de la economía -por ejemplo- se vuelve altamente sensible debido a la incertidumbre y a la mala imagen que genera un país cuando su funcionamiento está lleno -en muchos de los casos- de actos de corrupción. De ahí, no es casualidad que el clima de negocios e inversiones, sea uno de los espacios más afectados; ya que, la decisión final de posibles inversionistas nacionales e internacionales -para generar producción y empleo-, está determinada por la percepción que se va formando en su mente sobre la operación de un entorno de negocios que, para que funcione, requiere, permanentemente, de un lubricante llamado coimas pro corrupción.

Finalmente, como se puede apreciar, para el buen funcionamiento estatal en interacción con el sector privado y el resto de actores que integran un sociedad -a la hora de poner a funcionar a la economía nacional-, además de teorías económicas y modelos econométricos, lo que se requiere -para alcanzar el bienestar de un país- es una gestión económica basada en la honradez, en donde los administradores de los recursos públicos -parafraseando a Aristóteles- deben actuar sobre los principios de la “rectitud” -comportamiento ético- y la “prudencia” -en lenguaje actual, optimizando el uso de los recursos que están bajo su responsabilidad-. En definitiva, el combate a la corrupción debe ser tarea permanente de todos, **¡Porque un ECUADOR MEJOR, sí es POSIBLE!**